

### Evaristo Fernández Blanco (1902-), compositor truncado

Angel Barja

No son muchos, seguramente, los que conocen este nombre: Evaristo Fernández Blanco. Pues bien, se trata de un compositor leonés, nacido en Astorga el año 1902 y casi del todo desconocido — incluso en los ambientes musicales más enterados — hasta hace unos pocos años. La razón, o la sinrazón, de todo esto se halla en la vida casi novelesca del compositor astorgano.

Hemos buscado información a través de diversas personas y sabemos que vive, ya muy achacoso, en el barrio madrileño de Moratalaz. En febrero de 1983 se estrenó en el Teatro Real de Madrid su «Obertura dramática» y también su «Trío» en do mayor, hecho del que nos enteramos por la prensa. Este mismo Trío fue interpretado en León el 31 de enero pasado. Escribió, además, otras obras sinfónicas y de cámara, tales como «Suite de danzas antiguas», «Dos danzas leonesas», «Poemas líricos de 1940», etc., en

su mayor parte antes de 1940.

Evaristo Fernández Blanco fue un músico truncado por la guerra civil española, durante la cual se perdieron casi todas sus partituras. Después de la guerra, y debido a sus ideas políticas, se ocultó en una aldea de Pontevedra, donde escribió su «Obertura dramática». Años después salió de su escondrijo, pero su actividad musical se redujo a tocar el piano en teatros, cafés y lugares parecidos, seguramente para poder ganarse la vida. La composición propiamente dicha quedó barrida de su horizonte artístico. Sólo después de 1975 se atrevió a desempolvar sus partituras y a estrenar algunas de ellas, ciertamente con éxito inmediato, como reflejaron en su día los críticos musicales García del Busto y Enrique Franco. Fue un descubrimiento en toda regla, aunque sumamente tardío y, por ello, triste.

Evaristo Fernández Blanco había sido alumno de Conrado del Campo, como casi todos los músicos de la generación del 27. También se trasladó a



Evaristo Fernández Blanco a los 27 años cuando compuso el «Trío en do mayor»

Alemania para encontrarse con Arnold Schönberg, cosa que no consiguió por haberse trasladado Schönberg a Viena. Es indudable que en Evaristo Fernández Blanco latía la preocupación por la atonalidad y su organización interna, que era el gran problema esté-

**Esperanza**  
 Poesía de ALFREDO NISTAL. Música de E. FERNÁNDEZ BLANCO.

Andante.

PIANO.

Vo - ces - pa - ra - ha - ver el si - len - cio

«Poemas líricos» (1923), una de las obras más revolucionarias del músico leonés

la obra del compositor astorgano de forma exhaustiva. Sin embargo, es indudable su alta calidad, a juzgar por los fragmentos que conocemos. Intuyó claramente el serialismo y practicó de alguna forma las estéticas que debilitaban la tonalidad o bordeaban sus límites, como la intertonalidad, la pantonalidad e incluso la atonalidad no serializada. Esta constatación tiene gran importancia histórica para la música española del siglo XX, acusada de aislacionismo en sus primeras décadas y desconocedora de los movimientos europeos del momento. Evaristo Fernández Blanco es uno de los primeros en «estar al día», no sólo por intuición propia sino también por su contacto con músicos ultrapirenaicos.

El horrible e inútil zarzapo de la guerra, que dispersó a la llamada Generación del 27, también desestabilizó las fuerzas creadoras de Evaristo Fernández Blanco y truncó irremediablemente su obra musical.

tico y técnico que abordaría con gran fuerza la célebre Escuela de Viena con Schönberg, Alban Berg y Anton Webern, y que tuvo una primera solución en la dodecafonía. Puede afirmarse que la obra de Evaristo Fernández Blanco quedó anclada en esta tensa y

significativa preocupación por la atonalidad, vacilante en él entre el expresionismo y el impresionismo. No es casual que los músicos preferidos de Evaristo fueran Schönberg y Debussy.

No tenemos elementos de juicio suficientes para valorar

## Como la vieja noria



Ildefonso Vega Fernández

Como la vieja noria, dando vueltas rutinarias en torno al mismo agujero, sin apetecer nuevos horizontes ni codiciar otros paisajes que los de su ribera, transcurre la vida del viejo Esteban, apretada sobre la tierra de su menguada heredad.

El conoció los tiempos en que uno podía soñar libremente; no como ahora, con todo cronometrado, prefabricado, arrullado por el ajeteo de la técnica, que programa hasta el ritmo de la imaginación.

Entonces en el pueblo las cosas eran diferentes. Había chicos con los que poder jugar, huertos siempre dispuestos a ponerle a uno la zancadilla de la tentación y perros sueltos, sin collar, a los que poder colgar una lata en el rabo.

Esteban decía que, cuando él era joven, el sol, las nubes, la naturaleza todo era diferente; los veranos más calurosos y los días más claros y transparentes. Que esos experimentos nucleares de los americanos y los rusos y hasta las líneas de alta tensión, que hacía pocos años instalaron sobre el cielo azul del

pueblo, atraían a las tormentas, plagaban de males los frutos del campo y estaban cambiando las estaciones, pero para peor. Los calores de antaño ya no los volveríamos a tener.

Cada tarde, casi anochecido, Esteban regresaba del trabajo, despacio, con sus sesenta y pico años impresos en las arrugas de su cuerpo, camino de la casa y le gustaba mirar largamente las cosas que eran suyas. La soledad se marcaba en su gesto desesperanzado.

No quiso comprar tractor, para qué. Sus ahorros eran escasos, pero no era problema con los créditos de los bancos. El era ya demasiado viejo para acostumbrarse a nuevos manejos y el hijo, que habría podido ayudarlo, al regresar de la mili no era el mismo de un año antes. Había conocido otros sitios, tratado con gentes nuevas y tampoco le tentaba la promesa de un coche o de una moto, que era el cebo con que muchos padres retenían en el pueblo a un par de brazos jóvenes y fuertes que sostuvieran la labranza. El encontraba el pueblo pequeño y rutinario, a las mozas vulgares y menos guapas que el año anterior. Tampoco le gusta-

ban las partidas de cartas o dominó en el bar del pueblo tapizado de moscas en las noches del verano, y hasta se aburría en los mercados sabatinos de la villa cercana.

A los tres meses, casi sin despedirse de sus familiares y vecinos, reclamado por un compañero de mili, se marchó a la ciudad industrial, bajo el viejo maletón que había servido con él a la patria. Nadie en el pueblo sabe cómo le van las cosas en la gran ciudad. Su familia recibe de vez en cuando alguna carta donde fantasea y pinta de color de rosa numerosos proyectos. Ahora, ya hace cuatro años que se marchó y viene unos días de vacaciones, con un hablar afectado y unos gestos que hacen reír a las mozas maliciosas, a lomos de un seiscientos de quién sabe qué mano y, entre vaso y vaso de combinados raros que ponen en aprietos al camarero, se dedica a inquietar las conciencias de los muchachos más jóvenes, ilusionándolos con otra vida diferente de cómodas cafeterías, discotecas y cines y, sobre todo, un trabajo de horas fijas, no como en la labranza, en las que parecen insuficientes las veinticuatro ho-

ras del día, sobre todo en los apuros del verano.

Esos días de vacaciones los pasa deseando que se terminen, discutiendo con sus padres y elogiando a cada momento las comodidades de su nueva vida. Esteban le habla de sus años de muchacho, cuando todo era aún más duro, pese a que el campo, siguiendo los hitos marcados por el arado romano, gozaba de un particular atractivo. Esteban se levantaba a las tres de la mañana muchas veces para ir a regar las alubias del pago de los Olmos, cosa que de momento le fastidiaba enormemente, pero sólo hasta que se refrescaba, ya que después marchaba orgulloso, sintiéndose en la soledad del pueblo ya todo un hombre, con la azada cabalgando sobre los hombros y acariciando por la brisa de la madrugada o el monótono cricri de un grillo tempranero. Enganchaba el viejo mulo a la noria, tapándole los ojos, y comenzaba a abrir los nuevos surcos para el riego. Al cabo de un rato, casi tiritando y con el pelo humedecido por el rocío, volvía a sentir el sueño apretándole los ojos; entonces él se tumbaba al final de la finca, oyendo cada vez más lejano

el ruido de la noria y, con la mano extendida hacía el fondo del surco, se dormía para que el agua, arrastrando en su paso melodías indescifrables combinadas con hojas secas, al llegar le rozara la muñeca, y se despertaba sobresaltado. El corría hasta el otro extremo, tapaba ese surco y volvía a abrir nuevamente otro. A las ocho llegaba la madre con el desayuno caliente que le despejaba ya para toda la mañana.

El hijo se aburría con las evocaciones de Esteban y con un gesto inexpresivo cortaba enseñada al padre toda posibilidad de diálogo. Eran dos mundos diferentes, dos edades que corrían por su cuenta sendas demasiado alejadas, persiguiendo el cauce inexorable del tiempo. Si alguna vez el hijo hacía alusiones al campo de otros países basándose en películas, lecturas o conversaciones de compañeros, Esteban se imaginaba por un momento sentado en la butaca confortable de la sala de estar, en sus manos rugosas un largo vaso de whisky o un lujoso libro de costosa encuadernación. Su risa de francas carcajadas sepultaba más aún al hijo en su mutismo. Sólo eran ya

dos siluetas recortadas sobre la espalda del crepúsculo.

Saludados por el menudo trotecillo de alambre de las gallinas que comenzaban a guarecerse, llegaron ante la vieja casa de adobe sin encalar y con las tejas provocativamente rotas. La chimenea humeaba ya. Sin duda, la madre pequeña y menuda estaba preparando la cena que, como siempre, se reducía a una cazuela de sopas de ajo. Esta cena, que antes soportaba, ahora era sustituida por un pedazo de pan con chorizo. «A saber qué comerás en casa de la patrona», replicaba la madre. El callaba y salía a la calle a sentarse en el poyo de la puerta mirando la lejanía.

Esteban regresaba de la cuadra de dar el pienso al mulo y iba parsimoniosamente un cigarrillo. La madre se mueve silenciosamente como una sombra. Friega, seca la vajilla y sobre todo calla. No dice nada pues están de acuerdo en todo. No hay proyectos que hacer ni futuro que planear. Todo es una misma sementera, enterrada con el abandono del hijo, la amenaza de un pueblo más vacío cada año y la larga soledad de tejas rotas y de adobes sin encalar.

ENCUADERNACION DE LUJO



## TESOROS «EVEREST» DEL ARTE ESPAÑOL CATEDRALES DE ESPAÑA

**TOMO I:** Santiago de Compostela. Orense. León. Valladolid. Salamanca.

**TOMO II:** Lérida. Burgos. Oviedo. Granada.

**TOMO III:** Lugo. Toledo. Gerona. Pamplona Almería.

**TOMO IV:** Sigüenza. Avila. Tarragona. Sevilla. Córdoba.

**TOMO V:** Barcelona. Segovia. Jaén. Málaga. Murcia. El Pilar.

